

La Zaragüía Mora

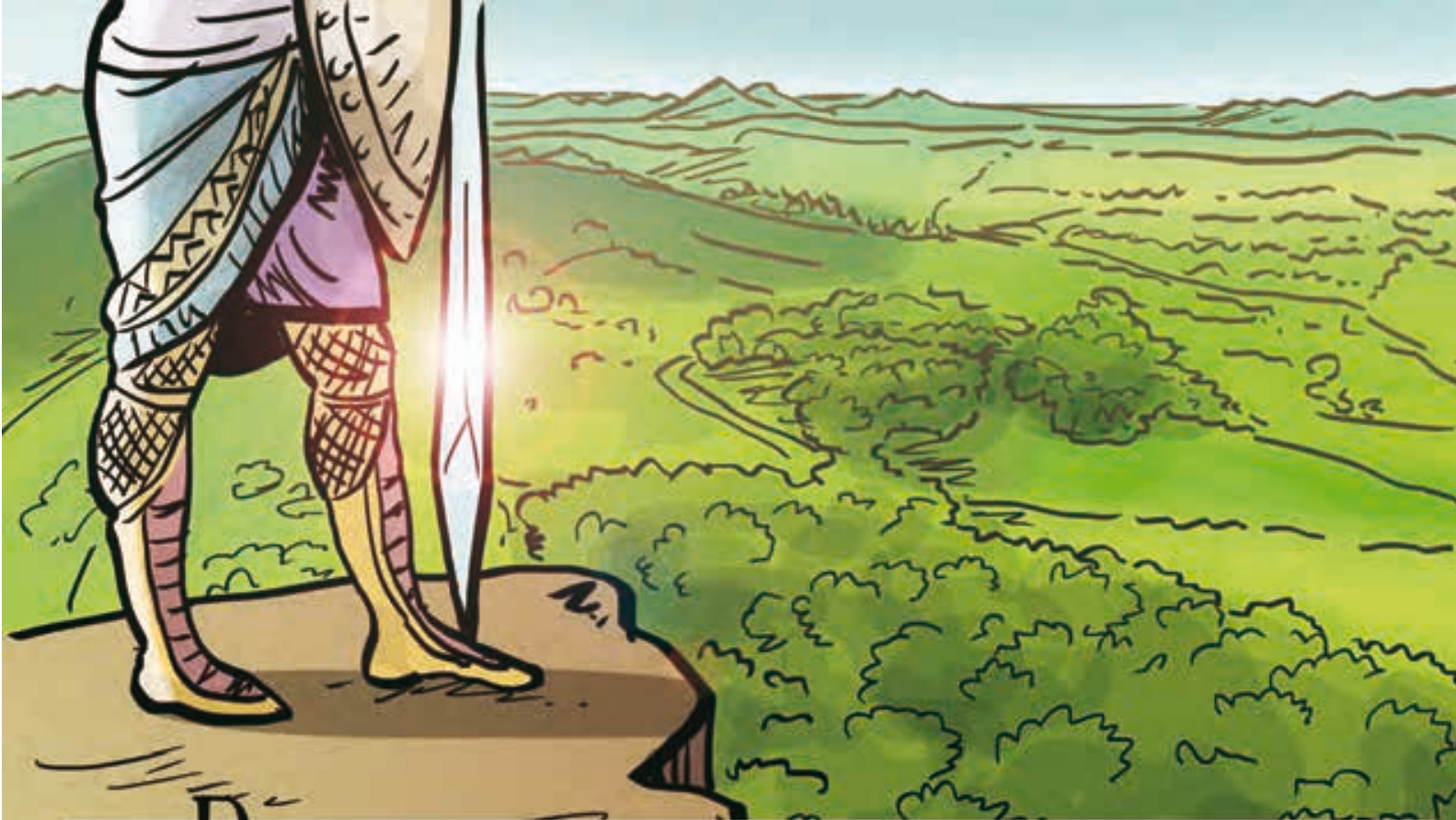


La leyenda del Castillo de Alconchel



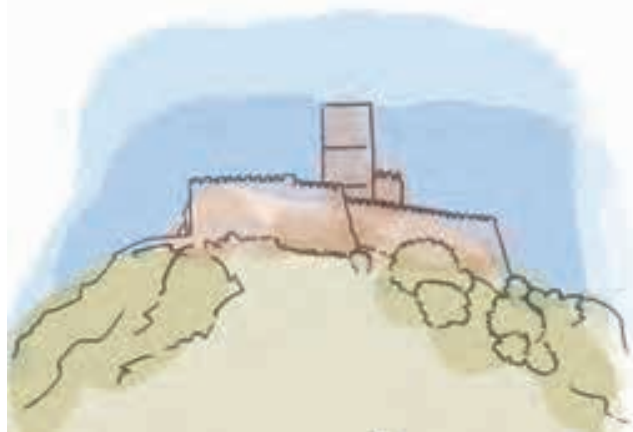
AYUNTAMIENTO DE ALCONCHEL





Desde tiempos inmemoriales, quizá desde el origen del mundo, erigiase un cerro elevado, rocoso y con majestad; desde dónde se avistaban las más vastas extensiones de tierra. Los campos inmensos, las praderas coloridas en la primavera, y como no, más tarde, cuando el hombre fue hombre, los ejércitos conquistadores. Fue así como este cerro dio en llamarse Miraflores, y como todos, desde romanos hasta franceses en guerras ambicionaron su posesión para desde él acaparar y acaparar más tierra.

Allá por el siglo X de nuestra era unos pobladores conocidos como bereberes procedentes de las tierras de los árabes llegaron a nuestro cerro, dónde ocuparon con empalizadas y torres de madera lo que allí otros moradores de la antigüedad habían dejado edificado, y lo reconstruyeron y repararon a modo de fortaleza para defenderse de otros pueblos que ya pretendían quedarse con el lugar. Entraron en luchas de poder y territorio durante más de doscientos años hasta llegar a mediados del siglo XII, años en los que comienza una historia que se convertirá en la más comentada leyenda del sur de las tierras del Reino Taifa de Badajoz.



Fue entonces, en estos días y noches de asedios y escalas, cuando acaecieron los hechos que a continuación se narran. La más cruel de las historias de amor jamás contada, que habla de castidad, de ajorcas y de puestas de sol.

La que comienza con la toma de la fortaleza a manos de uno de nuestros personajes, el califa Abu Yaqub Yusuf, gobernador por entonces de la ciudad de Sevilla, encabezando una multitudinaria expedición de bereberes encendidos por el fuego de la sangre derramada al paso, y que arrastraba tras de sí una larga hilera de esclavos cristianos: hombres y mujeres de edades fuertes aún para el trabajo, jóvenes y recios.



Ataviados los moros con largas túnicas de colores vivos y turbantes brillantes. Llevaban al mando, y contando con la confianza absoluta del sultán, un hombre guapo, de larga cabellera negra, con ojos verdes rasgados y una piel tersa y oscura como su destino. Hassán, que así se llamaba, conducía a sus hombres con disciplina y tesón, y todos le obedecían y respetaban, porque nunca dejó a ninguno sin el reconocimiento merecido.

Avanzaban por las laderas de lo que más tarde sería un castillo, ascendiendo lentamente. No fue difícil la invasión de la fortaleza. Los cristianos que la habitaban, al ver tan grandiosa avanzada de musulmanes mostraron poca resistencia, pues poco tenían que hacer. Y los que no pudieron abandonar la atalaya quedaron allí, esclavos para mucho tiempo de las costumbres y tradiciones de las gentes de Abu Yaqub Yusuf.



Se instalaron éstos, recolocando todas sus pertenencias traídas de Marruecos, más los botines conseguidos en el camino. Y eran muchos los esclavos y esclavas logrados, por lo menos cincuenta de cada género. Ellos con túnicas que dejaban ver sus piernas, ceñidas con cordones a la cintura, calzados con sandalias de cuero, a imagen del mismísimo Jesucristo. Ellas con largas sayas hasta los pies, con largos cabellos trenzados algunas, otras más mayores con moños en la nuca. Todos, unos y otras, silenciosos, expectantes de ver que se hacía con ellos.

Eran esclavos sí, pero no tenían mirada de esclavos, sino de hombres y mujeres con asiento, luchadores, como son los hombres extremeños. Miradas de humildad pero no de conformismo, sí de retadores, de no rendirse y hundirse en las cadenas, sino de ser felices a pesar del destino, de la esclavitud.

Entre el silencio más o menos bullicioso del ciento, oíanse con distinción los lamentos atormentados de una joven hermosa que no admitía el hecho. De mediana estatura, cara luminosa, larga y ondulada cabellera dorada, gritaba una cristiana. Y sus quejidos llegaron a oídos del primer hombre del sultán. Hassán, atraído por aquella dulce e impetuosa voz, dio en acercarse al grupo de mujeres, donde la agraciada joven lloraba sin consuelo con la cara entre las manos. Llegó a su lado y apeándose del caballo acercó sus manos a las de ella, y la obligó sin violencia a des- taparse la cara.

Ella que de pronto detuvo sus lágrimas, descubrió sus ojos de miel y se encaró con aquellos otros verdes rasgados dedicándole tal ira y desprecio que fueron suficientes para conquistar de una vez y para siempre al aguerrido Hassán. Éste bajó la cabeza y se preguntó por qué el hombre era así, capaz de decidir la voluntad de otros, de matar y de destruir tanto para simplemente usurpar la tierra y las vidas de otros hombres. Levantó por fin la cabeza y volvió a mirarla, encontrándose otros ojos distintos, observadores, fríos, que si bien no le perdonaban, parecían comprenderle.

Sin dilación se alejó Hassán a encontrarse con Abu Yaqub Yusuf, rogándole en exceso que le diera a aquella esclava por esposa, pues ya no hallaría sentido a su vida sino fuere el de conquistar a aquella alma libre.

-Oh *Sadiki**, mafi *mushkila**, esa niña *yamila** será para ti, no puedo menos en honor a tu fidelidad-.

-Gracias mi gran sultán, te lo pagaré como mereces-.

Y así se sucedieron los días árabes para nuestro cerro Miraflores. Bajo el poder de Abu Yaqub Yusuf, se construyó la torre y la afamada muralla a la que nos referiremos más adelante. Los esclavos fueron tratados con respeto, y en especial la cristiana *Kamaira*, como llamó Hassán a su ilusión. Amenazada ésta con un final peor si no se desposaba con la mano derecha del sultán, accedió a la boda; para la que trajeron desde los zocos

de Badajoz y Sevilla los mejores trajes y viandas que nunca se conocieron en un matrimonio entre una esclava cristiana y un guerrero almohade sin par.

En el día y a la hora señalada, corría el año 1174 de nuestra era, un clamor de trompetas, oboes y laudes hacían las delicias del público.

La novia no llevaba más compañía que la de sus propias esclavas proporcionadas por el sultán que antes habían sido sus iguales. El novio tampoco contaba con familiares entre los invitados. Así, los dos solos, sin testigos de sangre, unieron sus manos, aunque no sus destinos bajo la Sunna y el Libro Sagrado, al modo y manera de las bodas musulmanas. Ella quedó legitimada como esposa de él, y él quedó tranquilo de sentirla ya suya por ley. Pero en el fondo de su corazón yacía una tristeza visible en sus ojos. Sabía que **Kamaira**, como la luna, nunca sería suya. Aún así le levantó el velo de la cara y selló sus labios con los de ella. Hassán sintió una dulzura nueva, un calor chispeante, algo que le hizo olvidarse de quien era. **Kamaira** no sabemos si sintió algo, apenas se inmutó ni dijo palabra



Él la tomó por la mano que ella dejó agarrarse y la condujo al banquete, donde todos a coro, de pie, esperando a que se sentaran los novios, entonaron una canción mora que exaltó los sentidos, y dieron por fin comienzo la degustación y deleite de los ricos e innumerable platos elaborados a base de productos del norte de África y de las tierras del Reino de Badajoz que empezaron a servirse a la mesa. Ataifores y zafas verdes repletas de apetitosas verduras cultivadas al albor de la fortaleza en los huertos regados con buenos aljibes, bandejas de jugosas carnes asadas, frutas confitadas y todas clases de té servidos en magnificas jarritas con un baño de engobe amarillento. Las piedras preciosas lucían en los trajes de las hermosas mujeres moras, colmadas de jade y esmeraldas.

Pero ni con toda esta magnificencia se sorprendía ni se admiraba Kamaira, que estaba allí como ausente.

En la noche de bodas, se tendieron los novios, y él fue paciente con ella. No consumaron, pero nadie lo supo. Hassán fue incapaz de obligarla a nada.

Ella con los ojos muy abiertos, sintió por primera vez algo de admiración por aquel hombre tranquilo.

En los días venideros, nuestra cristiana convertida a la fuerza en mora, fue agasajada con gran riqueza de vestidos y ajorcas. Entre todos ellos, Kamaira eligió uno de color púrpura que se le antojó del mismo color de su pena, y así vestida, con este color, deambulaba cabizbaja por la atalaya, eligiendo las murallas como lugar de escapada. Se paseaba por ellas y su vista se perdía por el horizonte, así como sus pensamientos regresaban a su pueblo, con su madre y su padre, y en su imaginación era colmada de besos y de caricias.

Desde allí, veía como los mercaderes se acercaban, cargados de aceite, de trigo...y se preguntaba si habrían visto a sus gentes.





Había aún una cosa que le daba la vida, que la enamoraba, que la hacía volver a sus tiempos felices y de libertad. Eran las puestas de sol. La luz brillante y última de la tarde le daba esperanzas, y le permitía contemplar la belleza del mundo poniendo en su cara las únicas sonrisas. Día tras día, con su vestido púrpura, y sin perderse una puesta de sol, recorriendo las murallas, la cristiana-mora empezó a ser objeto de habladería de todos los habitantes de la fortaleza y de la comarca. Y la comparaban con la *zaragutía*, una planta del mismo color de su traje que crecía en los recovecos rocosos del cerro.



Una planta extraña, también llamada planta de las culebras, que a las gentes les dio por asociar a nuestra esclava. Y fue por eso que se la llamó con el nombre de la "*Zaragutia Mora*", y que habría de ser conocida hasta casi mil años después.

En el trato con el moro, la paciencia y la admiración eran las armas de él, tanto era así, que el corazón de ella fue cediendo y abriendo un huequcito pequeño para aquel hombre guapo que jamás osó obligarla a dar más de lo que podía. Podríamos decir que *Kamaira* empezó a sentir algunos brotes de amor hacia su esposo, quizá empezó a albergar una diminuta esperanza de ser feliz a su lado por fin y olvidar el pasado.

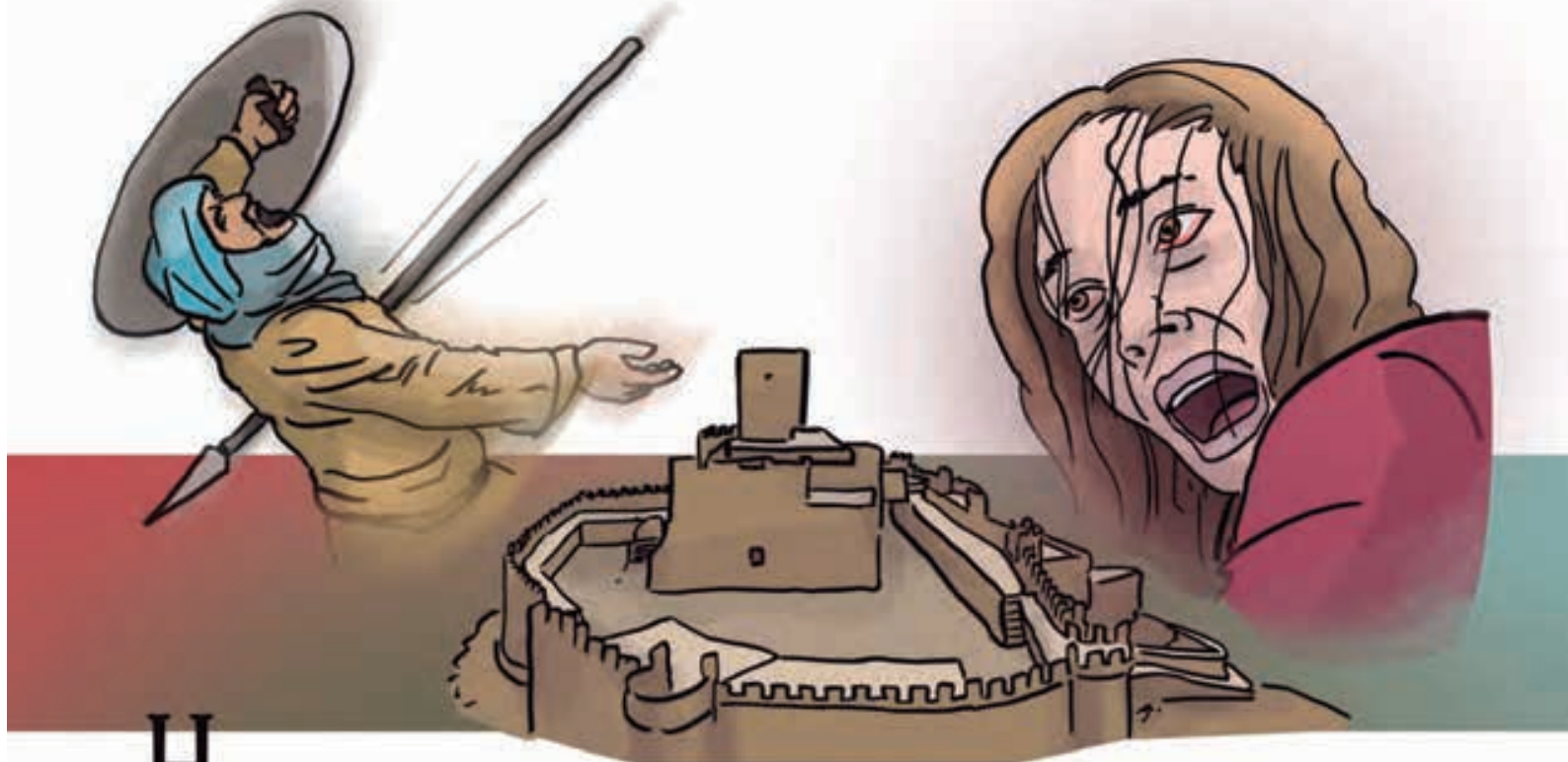
Pero estas nuevas sensaciones de la **Zaragutia Mora**, no sirvieron a ésta sino para más desgracia suya.

Llegado el momento, el sultán reclamó a su primer hombre para la guerra, y Hassán, que no pudo negarse partió, quedando atrás la única razón de su existencia. No sin antes asegurarse de que su mujer no sería rescatada por ningún cristiano, para lo cual, le construyó la más bella estancia subterránea, junto al túnel que servía de vía de escape en caso de asedio. Le proporcionó cojines bordados en oro, lámparas de cristal exquisitamente labradas, hermosos tapices y alfombras, y todas y todas las comodidades y elegancias con las que encerró a su esposa con la promesa de volver cuando acabara la guerra.

En un principio, **Kamaira** esperó, imaginando las más de las veces que la reja estaba abierta, recorría mentalmente todo el largo túnel que llegaba al cerro que paradigmáticamente se llamaría cerro de la Esperanza. Llegando allí, en su imaginación, salía a la luz y tomaba un poco de aire fresco, devorando el horizonte por ver si venían los ejércitos con Hassán triunfante a la cabeza.

De este modo pasaron días, meses y años.





Hassán perdió la vida a manos de un corpulento cristiano, y jamás pudo volver a liberar a su amada. Kamaira quedó para siempre encerrada en las ricas galerías subterráneas, su voz nunca se quebró y aquella que en tiempos había sido dulce e impetuosa tornó en convertirse en voz aterradora y desgarrada. Sin ser oída, o quizá sí se pasó la **Zaragutía Mora** gritando la mayor parte de su vida. Fueron más de cincuenta años encerrada sin otra compañía que los muros y la humedad. Hasta que llegó su salvación: su muerte.

Corrían tiempos de reconquista y nuestro anhelado cerro Miraflores, que sirvió de casa a celtíberos, romanos y visigodos, antes que a los árabes de nuestra historia...

sería de nuevo objeto de las aspiraciones de los leoneses que habían recuperado ya para la corona la ciudad de Sevilla (donde derrotaría a los musulmanes y cobraría un gran botín); Valencia de Alcántara, Cáceres en 1229 y en 1230 Mérida y Badajoz, entrando en estas últimas conquistas nuestra citada fortaleza. Y bajo el poder de Alfonso IX de León, volvió a ser cristiana, acusando tanto la destrucción a la que se vio sometida, que resultó casi derruida, quedando sepultadas para siempre las puertas de acceso a las galerías subterráneas y al pasadizo secreto. Nunca más sería encontrado aquel túnel, ni nadie se acordó de rescatar a la pobre **Zaragutía Mora**, que de seguro pereció allí durante estos días de contiendas.

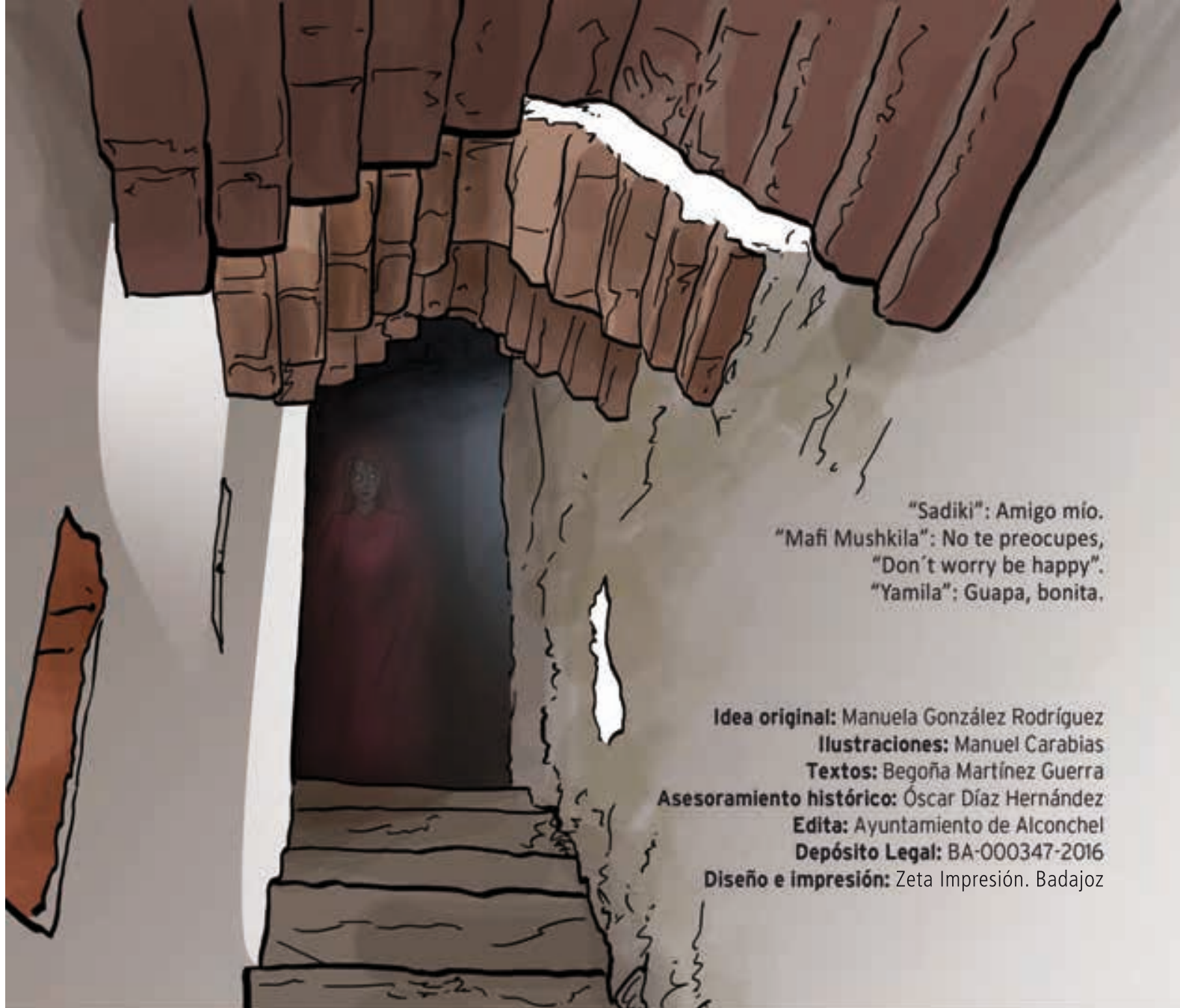


Lo que quedó de la fortaleza, fue cedido por Fernando II (hijo del rey) a los Templarios, que reconstruyen el Castillo de Alconchel convirtiéndolo en la punta de lanza de su expansión posterior por todo un amplio territorio hasta constituir un Bayliato.

Pero ni con toda esta nueva vida del lugar, callarían jamás los quejidos y lamentos de nuestra **Zaragutía Mora**, que estremecían incluso laderas abajo hasta las casas del recién creado núcleo de mudéjares que fueron obligados a abandonar el recinto fortificado. En los días de levantar murallas y almenas, eran muchos los obreros que escuchaban vagamente algunos extraños gritos de mujer, que venían como del alma de la tierra.

Y pasaron los templarios, llegaron de nuevo los lusitanos, lo confiscaría después Juan de Sotomayor, maestre de la Orden de Alcántara, y de ahí en adelante irá cayendo en manos de la nobleza.

Y aún entonces y hasta hoy se oyen voces, porque todos los que por allí pasaron...en algún momento durante los largos atardeceres de estos cielos de Alconchel, cuando se empiezan a insinuar las estrellas, sintieron alguna vez una ráfaga de viento fresca, cargada del olor de alguna extraña flor, y creyeron oír, confundidos en el silencio, unos lamentos lejanos y profundos por estos cerros, los de la **ZARAGUTÍA MORA...**



"Sadiki": Amigo mío.
"Mafi Mushkila": No te preocupes,
"Don't worry be happy".
"Yamila": Guapa, bonita.

Idea original: Manuela González Rodríguez
Ilustraciones: Manuel Carabias
Textos: Begoña Martínez Guerra
Asesoramiento histórico: Óscar Díaz Hernández
Edita: Ayuntamiento de Alconchel
Depósito Legal: BA-000347-2016
Diseño e impresión: Zeta Impresión. Badajoz